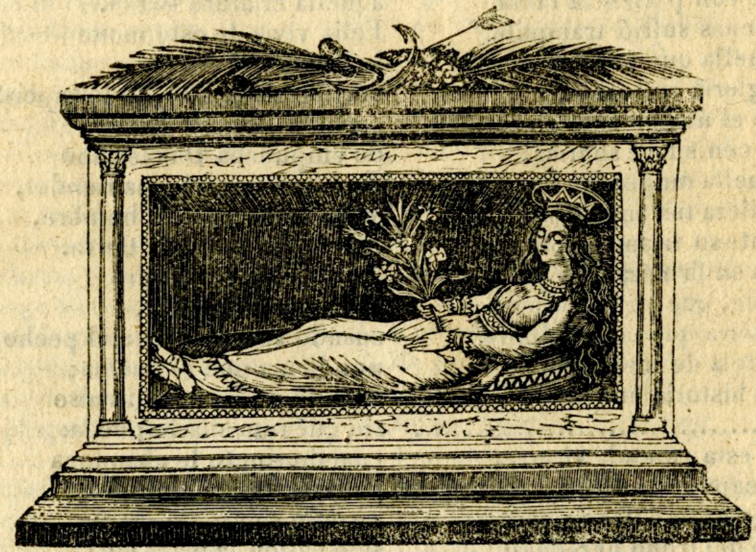

RELACION HISTÓRICA

DE LA GLORIOSA VIRGEN Y MARTIR

SANTA FILOMENA.

Atiende, lector carísimo,
la mas grande maravilla
que imaginarte pudiste
en los años de tu vida,
el suceso mas terrible,
la historia mas inaudita
que en este mundo se viera,
la mas rara y peregrina;
y es la vida de la santa
que Filomena apellidan,
de aquella santa magnánima,
de aquella santa divina,
en la que tantas virtudes
¡oh lector, resplandecian;

la que con paciencia tanta
mil penas sufrió tranquila;
de aquella que por sus penas
tuvo gloria merecida;
la que el último suspiro
le dió con suave sonrisa;
de aquella muger tan cándida,
de belleza tan angélica,
que ante su tirano impávido
venció su firmeza intrépida.
Atiende, que ya principio
la historia que tanto admira;
apréndela de memoria
que es historia nunca oida.
....
Nació esta cándida vírgen
en la capital de Grecia
hija de un cristiano rey,
siendo del trono heredera:
nació ella tan hermosa,
y era tanta su belleza,
que todo el mundo admiraba
la divina Filomena;
y no habia hermosura humana
que se comparara á ella,
porque ninguna existia
que mucho inferior no fuera.
Creció en años, y se veia
mas hermosa la princesa,
y de la virtud divina
su pecho solo al menta
en inspiracion cristiana
llevada de su pureza,
esposa de Jesucristo
se consagró la doncella;
y á su Dios tan solamente
gustosa el ánima entrega,
abandonando los goces
miserable de la tierra;
aqueste fue el juramento
que esta cándida azucena,
este es el Esposo que amaba
aquella criatura tierna.
Feliz vivia de este modo
la virtuosa Filomena,
cuando su padre ¡oh desgracia!
con él á Roma la lleva,
do empuñaba Diocleciano
de aquel imperio las riendas,
y era tan severo el hombre,
que le temblaba la tierra.
No bien el tigre miró
la timida Filomena,
cuando siente allá en el pecho
una llama que le quema;
cuando se siente convulso
sin que remediarlo pueda;
cuando siente le abandona
su acostumbrada firmeza;
cuando siente no cariño,
sino pasion la mas ciega
que le aniquila, consume
y destruye el alma entera:
y frenético, pidió
por esposa á Filomena,
porque su cetro y su vida
á tanta hermosura entrega.
Esto oyó la vírgen pura
y se cubrió de vergüenza,
y con la voz balbuciente,
contestó de esta manera:
No puedo, no, Diocleciano,
ser no puedo esposa vuestra,
porque juramento hice
de nadie amar en la tierra;
pues ha tiempo que á Jesus
me consagré toda entera,
y ya veis que no es posible
que se perjure mi lengua.
Entonces instó su padre
y la dijo que cediera,
porque sino, Diocleciano
les iba á hacer cruda guerra;
y en su terrible venganza,
y en su indómita fiereza,
espartriados se verian
los dos cubiertos de afrenta.
En vano, en vano intentaron
persuadir á Filomena,
porque vencer no pudieron
su acrisolada firmeza;
lo cual visto por su amante,
ardiéndole en cólera el pecho,
la maltrata y la intima,
deponga su resistencia;
y aquella muger hermosa
pintada en su tez la pena,
puesta de hinojos á Cristo
esta plegaria comienza.
....
¡Oh Dios que estás en el Cielo!
mirame desde tu altura
y mitiga mi amargura
con tu celestial consuelo:
derrama, Señor, aqui,
tu divina inspiracion,
y anima mi cerazon
¡oh Dios mio! desde ahi;
y con ojos de clemencia
en mis angustias, Señor,
has que sufra este dolor
con resignada paciencia,
y que este cruel tirano
que ahora tanto me atormenta,
Dios mio que se arrepienta
de su freesí insano.
....
No bien dijo estas palabras
la acongojada doncella,
cuando el fatal Diocleciano
la asió del brazo con fuerza,
y brotando en ira los ojos,
con mil insultos la aterra,
y no hay remedio en el mundo
que calmar su enojo pueda;
no hay palabras que ablanden
el pecho de aquella fiera,
y no hay esperanza alguna
para la triste doncella:
manda al punto el imbécil,
de que sus sayones vengan
y bien pronto los verdugos
armados se le presentan:
por órden de aquel tirano
ataron á Filomena,
y á un hediondo calabozo
los bárbaros se la llevan,
é inhumanos la cargaron
de grillos y de cadenas,
y la echaron sabandijas,
sapos, lagartos, culebras:
y de comer no la daban
por mas que comer quisiera,
para que la hermosa víctima
á tanto martirió ceda;
pero no rinde su fé
ni los ayes ni las penas,
ni tanta vil amenaza
de aquella gente perversa,
ni los ruegos seductores,
ni aquel a liviana arenga
de que usa un tirano
para ver si se le entrega:
nada basta, y Diocleciano
se puso como una fiera,
y manda que sus verdugos
azoten á la doncella,
los sayones la cogieron
de su dorada melena,
y arrastrando le sacaron
llena de amargura y pena;
y en aquel hermoso cuerpo
mas blanco que la azucena,
aquellos viles verdugos
encarnizados se cevan;
muy fieros golpes descargan
con tanto vigor y fuerza
que mil llagas se formaron

en aquella carne tierna;
pero ni tantos dolores,
ni el verse de sangre llena,
debilitaron el ánimo
de la virtuosa doncella;
porque un ángel la inspiraba
y consolaba sus penas,
dando á su cuerpo fuerzas;
asi fue que sus verdugos
al encierro se la llevan,
y otra vez aquellos mónstruos
la cargaron de cadenas.
Vista, pues, por el tirano
su acrisolada firmeza,
discurre el nuevo martirio
de las flechas y saetas;
aquella muger divina
sufre el tormento serena,
y el pueblo atónito mira
una virtud tan inmensa:
mas el cruel Diocleciano
otras barbaries ordena;
manda que con peso al cuello
en el Tiber la sumerjan:
cumplen los esclavos viles
esta bárbara sentencia.
y arrojaron en el rio
la desgraciada princesa;
pero el Todopoderoso
que protegia su inocencia,
salvó la cándida rosa
de aqueste martirio ilesa:
y el pueblo como un milagro
este gran suceso cuenta,
y á la víctima inocente
como á santa la veneran.
El emperador, entonces,
como si loco estuviera,
ordenó que en el instante
le cortaran la cabeza;
y ¡oh Cielos! que ejecutaron
aquella órden tan tremenda:
¡oh Cielos! que deste mundo
robaron á Filomena.
Aquellos fieros sayones
cojieron á la belleza
y la segaron el cuello
en su bárbara inclemencia:
al espirar, la inocente,
se ve que el Cielo serena
y entre una nube, dos ángeles
su pura ánima llevan.
Aprende, lector, aprende
la historia de Filomena,
que si imitas sus virtudes
gozarás la gloria eterna.

FIN.

Madrid, 1851.—Imprenta de J. Marés calle, de Relatores, núm. 17.